



Luisa Campuzano

Viajeras del siglo XIX: Americanas a Cuba / Cubanas a USA

Introducción

Durante los siglos XVIII y XIX cientos de viajeros, primero de Europa y después cada vez más de los Estados Unidos, visitaron la América española; y pese a todas las limitaciones que los gobernantes coloniales o de las nuevas repúblicas imponían a los forasteros, dejaron en cartas, libros, memorias y crónicas sus observaciones e impresiones de viaje. Eran diplomáticos, hombres de letras o de negocios, arqueólogos, naturalistas, geógrafos, lingüistas, religiosos, antropólogos. Y también en el XIX hubo viajeras, las cuales, en general, y como es de suponer, son mucho menos conocidas.

La copiosa literatura de viajes producida por aquellos señores que de un modo u otro eran adelantados de los intereses geopolíticos de sus países, ha sido muy difundida y estudiada tanto en su momento como posteriormente. Y es que la literatura de viajes siempre ha despertado interés, pero no todos los viajeros han merecido la misma atención.

Tanto en la Antigüedad como en los siglos XVII, XVIII y XIX, la literatura de viajes ocupó un importante espacio en el sistema de las letras, influyó en el surgimiento de géneros y especies literarias, gozó de una recepción privilegiada, y desarrolló una retórica y una sintaxis narrativa tan elaboradas, que dieron lugar a todo tipo de parodias y a la paulatina incorporación de un metadiscurso autorreflexivo por parte de quienes, desde el siglo XVIII, no sólo eran viajeros que escribían, sino también escritores que viajaban.

Estudiada tradicionalmente en sus centros de producción desde una perspectiva documental y en ocasiones estética, desde comienzos de los 90 del siglo pasado se ha puesto especial énfasis en cómo esta literatura ha participado en la fundamentación epistemológica del colonialismo y el imperialismo, así como en la construcción de la subalternidad de los "nativos". Finalmente, a partir de los 70, 80 del siglo XX, se les ha concedido bastante espacio a los libros de viajes escritos por mujeres, los que resultan de gran interés por distintas razones en las que me detendré muy brevemente.

En primer lugar, no tanto por la información que, desde una perspectiva femenina, aportan al conocimiento de la vida cotidiana de la sociedad y las mujeres de los lugares visitados, sino, sobre todo, por lo que proyectan contrastivamente acerca de las condiciones sociales y de vida de las mujeres en sus propios países y sobre sus expectativas, puntos de vista, prejuicios, etc. Por otra parte, son muy relevantes por el material que proporcionan a la crítica y a los estudios de género, ya que ofrecen una amplia documentación sobre las condiciones de producción literaria de las mujeres, ya que sus textos son formas privilegiadas de las escrituras-del-yo. De igual modo resultan de mucho interés porque



permiten trazar un mapa de los caminos de ida y vuelta por los que han circulado los proyectos sobre la educación y la emancipación femeninas.

Siguiendo a Edward Said y su precursor *Orientalism* (1979), tanto Sara Mills (*Discourses of Difference: an Analysis of Women's Travel Writing and Colonialism*. Londres/Nueva York: Routledge, 1991) como Mary Louise Pratt (*Imperial eyes. Travel writing and transculturation*. Londres/Nueva York: Routledge, 1992), que son las iniciadoras de esta perspectiva crítica, demostraron que el conjunto de imágenes sobre la "otra" y el "otro" recolectadas por viajeras y viajeros europeos y norteamericanos y expresadas en sus textos, contribuyó, más que a producir un conocimiento de la realidad extranjera, a consolidar el campo de la propia identidad y a legitimar la misión civilizadora del hombre y de la mujer blancos, y, por tanto, la consiguiente expansión de la modernidad que, siguiendo a Walter Mignolo, llamaré siempre modernidad/colonialidad. En los años que han transcurrido desde entonces, han continuado esta línea poscolonial Peter Hulme y sus colegas (*Writing, Travel, and Empire: in the Margins of Anthropology*, Peter Hulme y Russell McDougall eds., Londres/New York: I.B. Tauris/Palgrave Macmillan, 2007; *American Travel and Empire*, editado por Susan Castillo y David Seed (Liverpool U P/U of Chicago P, 2009). Y también hay, por supuesto, otros acercamientos teóricos desde perspectivas que a veces se intersectan con las anteriores: *women, gender, queer, race, ethnic, subaltern studies*. Aquí habría que mencionar, por ejemplo, *Perceptions of Race and Nation in English and American Travel Writers, 1833-1914*, de Erik S. Schmeller (New York/Oxford: Peter Lang, c2004); igualmente, una buena antología de viajeras de distintas nacionalidades a la América Latina compilada por June E. Hahner, con introducción y bibliografía excelentes (*Women through Women's Eyes : Latin American Women in Nineteenth-Century Travel Accounts*, Wilmington, Del: SR Books, 1998), o una de viajeras al Caribe anglófono (*Women Writing the West Indies, 1804-1939 : "a hot lace, belonging to us"* , de Evelyn O'Callaghan, Londres/New York: Routledge, 2004). Y también múltiples libros escritos desde puntos de vista más tradicionales, o con nuevos enfoques críticos como semiótica del viaje, hermenéutica del viaje, "coreografía" del viaje, o los movimientos de entendimiento del espacio (Ottmar Ette: *Literatura de viaje, de Humboldt a Baudrillard*, México: UNAM, 2001; *Literatura en movimiento, Espacio y dinámica de una escritura transgresora de fronteras entre Europa y América*, Madrid: CSIC, 2008); también, por supuesto, trabajos de literatura comparada, de geografía cultural, de antropología, de desplazamientos (James Clifford, Caren Kaplan).

El viaje a Cuba

La literatura de viajes de europeos y norteamericanos que visitaron Cuba en el XIX es realmente impresionante, solo la supera la dedicada a México, que es mucho mayor. Esta



literatura atrajo, desde muy temprano, el interés de los cubanos, y ha funcionado, como los espejitos de los conquistadores, despertando una desmesurada fascinación y contribuyendo no poco a la construcción de ciertos modelos de la identidad nacional. Ha creado estereotipos, y propuesto perspectivas e imágenes de Cuba y de los cubanos que en 1889 ripostaba acremente en estos términos José Martí, el líder de la independencia de Cuba: “No somos los cubanos ese pueblo de vagabundos míseros o pigmeos morales [...] que junto con los demás pueblos de la América española suelen pintar viajeros soberbios”. Por todo ello hace años que vengo diciendo que habría que someter toda esta literatura a un desmontaje poscolonial, el cual resultaría muy productivo, sobre todo ahora, que tenemos una inminente avalancha de viajeros norteamericanos que cada mes ya se cuentan por decenas de miles, y que serán muchísimos más en los próximos años.

Volviendo a la fascinación o el interés de mis compatriotas por estos libros, Domingo del Monte, tal vez el mayor animador de la cultura cubana en el XIX, no sólo reseña, apenas publicadas, las *Letters from Cuba*, de Abiel Abbot, el primer norteamericano que escribe sobre su visita a la Isla (1828), sino que reúne una impresionante colección de textos que tratan o se refieren a Cuba (colección subastada a fines del XIX en NY, y adquirida por particulares y distintas bibliotecas de USA). De 1846 data su *Biblioteca cubana. Lista cronológica de los libros inéditos e impresos que se han escrito sobre la Isla de Cuba y de los que hablan de la misma desde su descubrimiento y conquista hasta nuestros días [...]* (publicada en 1882 tanto en dos números de la *Revista de Cuba* y como en forma de libro: La Habana: Est. Tip. de la Viuda de Soler, 1882). A comienzos del siglo XX Gonzalo de Quesada, embajador cubano ante el gobierno de USA, publica *Cuba* (Washington: Government Printing Office, 1905), libro en que incorpora la bibliografía “Books relating to Cuba” (en que se incluyen, entre otros, libros de viaje), compilada por A.P.C. Griffin, de la Biblioteca del Congreso. En 1919 aparece en la revista *Cuba Contemporánea*, (220-255; 348-368) una bibliografía organizada por Luciano Pérez de Acevedo “La Habana [notar que se ocupa sólo de la capital] vista por viajeros extranjeros. Ensayo de bibliografía crítica”. En 1950 el bibliógrafo Rodolfo Tro reúne 631 entradas en su “Cuba: viajes y descripciones (1493-1949)” (*Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*, no. 3, 1950, 5-188). En todas esas bibliografías habría que tener en cuenta cuáles incluyen también cronistas, *et al.* Una tarea pendiente sería revisar las bibliografías cubanas de Bachiller, Trelles, Peraza, y la que compila permanentemente la BNJM.

A comienzos de los 60, el polígrafo Juan Pérez de la Riva asume la dirección de la *Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*, me asume a mí como auxiliar de investigación y secretaria de redacción de esa revista, y crea una sección fija: “La isla de Cuba en el siglo XIX vista por los extranjeros”, en la cual aparecía no sólo algún pasaje amplio y traducido de algún viajero (a mí me tocó co-traducir a William Cullen Bryant),



debidamente anotado, y precedido de un amplio y erudito estudio introductorio. Esta colección fue parcialmente recogida después de su temprana muerte en el volumen homónimo.

Por otra parte, como vimos, ya a comienzos de los 30 del siglo XIX había traducciones y ediciones cubanas de viajeros a Cuba, que continuaron en el XX, y han seguido hasta hoy. En 1983 Nara Araújo preparó una pionerísima selección de textos europeos y norteamericanos, de autoría femenina y perspectiva muy novedosa: *Viajeras al Caribe* (La Habana: Casa de las Américas, 1983, 552 p.). En 1992 Louis A. Perez compiló una antología temática con textos de treinta y cinco viajeros y viajeras de distintas nacionalidades (alemanes, italianos, franceses, además de anglosajones): *Slaves, Sugar and Colonial Society. Travel Accounts of Cuba* (Wilmington: A Scholarly Resources Inc. Imp., 1992). Y Michèle Guicharnaud-Tollis publicó en 1996 un libro documentadísimo, organizado temáticamente, pero con amplios registros y comentarios: *Regards sur Cuba aux XIX ème siècle: témoignages européens* (Paris : L'Harmattan, 1996, 351 p.), que reúne a unos 50 europeos, 14 norteamericanos y 3 españoles. Otto Olivera, preparó, diríamos que para un público no especializado, su libro *Viajeros en Cuba (1800-1850)* (Miami: Universal, 1997), en el que comenta amplia y documentadamente el contenido de los textos de 30 viajeros europeos y norteamericanos. Más recientemente Lizabeth Paravisini-Gebert se centró en el orientalismo con que las norteamericanas describen a las cubanas ("Oriental imprisonments. *Habaneras as seen by nineteenth-century women travel writers*", en *Between Anthropology and Literature*, Rose De Angelis (ed.), Londres/New York: Routledge, 2002: 121-132), e Yvon Joseph publicó *Four French travelers in nineteenth-century Cuba*, (New York: Peter Lang, c2008), de interés por su perspectiva poscolonial, caribeñista, que aborda muy bien el tema más tratado por todos los viajeros, desde Humboldt hasta fines de los 80: "Slavery: *La question palpitante*" y, además, tiene un excelente tratamiento crítico-literario. Podría seguir..., pero creo que la muestra es suficiente.

Viajeras americanas

Pasemos entonces a ver quiénes son estas viajeras estadounidenses que afrontando un trayecto a veces totalmente marítimo (por la agitada costa este de los Estados Unidos) y otras marítimo y fluvial (a veces regresan al norte por Nueva Orleans y el río Misisipi), visitan la Isla en el siglo XIX.

En *Viajeras al Caribe*, la antología de Nara Araujo, sólo había cinco estadounidenses que estuvieron en Cuba y escribieron sobre ello. Hoy son trece las que he podido localizar y leer. Estos ocho nuevos textos son de grandísimo interés y, junto con los anteriores, nos permiten cubrir casi todo el siglo, de 1804 a 1897. A continuación me referiré a solo



algunas de sus autoras y comentaré los libros más destacados, para después pasar a exponer las características que tienen en común estas mujeres del Norte y dar ejemplos de cómo abordan algunos de los principales temas que tratan en sus páginas.

La primera de ellas, en torno a cuyo nombre hay dudas, nació en 1773 en Filadelfia, fue inicialmente conocida como Mary Hassal, y tras casarse con un francés, adoptó otro de sus nombres de pila y el apellido del marido, pasando a ser conocida como **Leonora Sansay**. Muy joven fue amante de Aaron Burr, quien sería vicepresidente de los Estados Unidos, y no solo mantuvo una larga relación con ella sino que, por cierto, contribuiría a su boda con el francés. Su texto, una novela epistolar titulada *Secret history; or, The horrors of St. Domingo, in a series of letters, written by a lady at Cape Francois, to Colonel Burr [...]* (Filadelfia: Bradford & Inskeep, 1808 ; Peterborough, Ontario/Orchard Park, Nueva York: Broadview Editions. 2007), desarrolla su primera mitad en la entonces llamada Saint-Domingue, en medio de la revolución haitiana que terminó con la dominación colonial francesa. Y la segunda, en el Oriente de Cuba, adonde llegan, junto con miles de emigrados franceses acompañados por sus esclavos, la narradora y su hermana. En ella se describe sobre todo el impacto de esta inmigración en relación con la sociedad santiaguera y en particular, la actitud de las mujeres francesas, que solo traen la ropa puesta, pero son capaces de empezar de la nada a ganarse la vida:

Las francesas son ciertamente criaturas encantadoras [...]. La alegría con que soportan la desgracia, y el ahínco que emplean para procurarse ellas mismas la subsistencia no pueden ser suficientemente admirados. Conozco señoras que desde su infancia estuvieron rodeadas de esclavos que adivinaban sus menores deseos, y ahora trabajan del amanecer a la madrugada para mantenerse a ellas mismas y a sus familias. Ni se quejan, ni se jactan de su saber, ni piensan que es sorprendente que lo posean (119).¹⁴

E igualmente valora la reacción de las santiagueras:

Las mujeres han hecho grandes progresos en su mejoramiento desde que llegó un gran número de franceses de St. Domingo. Adelantan a los hombres por lo menos un siglo en refinamiento, y es que las mujeres pueden cultivarse más fácilmente que los amos de la creación. (111).

Más de veinte años después, encontramos a la primera autora estadounidense de un diario de viajes: la bostoniana **Mary Gardner Lowell**, miembro de las dos familias más ricas de Nueva Inglaterra , "*Where the Lowells talk only to Cabots / And the Cabots talk only to*

14 Todas las traducciones son mías (L.C).



God", según un dístico famoso que aún se recuerda. Ella, a finales de 1831, acompaña a su esposo y primo, Francis Cabot Lowell II, en un recorrido de negocios por La Habana y Matanzas. Con ellos viajan su hijito y su niñera. Durante semanas, hasta principios abril de 1832, visitan cafetales y plantaciones de caña en su mayoría de propiedad americana o europea. Quiero detenerme a señalar de pasada que ella llevaba en su bolso, a manera de guía, el libro de Abbot, aquel primer viajero norteamericano traducido por Del Monte, y que el objetivo de su diario, era conservar recuerdos de sus experiencias para compartirlos con amistades y familia. Fue recuperado a comienzos de este milenio y muy bien editado y prologado (*New Year in Cuba: Mary Gardner Lowell's Travel Diary, 1831-1832*, ed. & introd. by Karen Robert, Boston: Massachusetts Historical Society/Northeastern U P, 2003. New England Diary Series).

En diciembre de 1833 llegan a La Habana, también de Massachussets, las hermanas **Sophia y Mary Peabody**, de Salem, que permanecerán en la isla hasta abril de 1835. Si Mary Gardner Lowell pertenecía a la clase más adinerada de la región, estas hermanas participaban de su espacio intelectual más importante. Su viaje tenía como objetivo que Sophia, afectada por una suerte de intensa y recurrente migraña, recuperara la salud. Llegaron, como muchos viajeros, a casa del vice-cónsul norteamericano, amigo de la familia, pero la enferma debió apartarse del ruido de la ciudad. Cito parte de una carta dirigida a su madre:

Desde la ventana se abre una vista estrecha de la bahía y se oye el canto, el ruido, la bulla infinita de los negros que suben el azúcar y el café a los barcos. Esto es suficiente para que me aumente la fiebre. En las calles, los gritos de hombres y mujeres con cestas de frutas en la cabeza, el chillido de los niños, la continua oleada de pasos de grupos por todas partes, emulaban de la mejor manera el monótono ruido de los barrileros y hojalateros, los graznidos de las auras, los papagayos y todas las aves canoras que producen gran barullo, estrépito; y la jerga de una compañía de catalanes que ocupan los bajos de los Clevelands, me pusieron casi fuera de mí. Hay que agregar a esto todo tipo de carcajadas..., y ustedes podrán tener una idea del tipo de reposo físico que puede encontrarse en La Habana [...] esta Babel sin un solo momento de descanso... (*Cuba Journal*, v. 1, carta del 30 de diciembre de 1833).

Así pues, ambas hermanas se trasladan a una hacienda, donde se desarrolla la novela *Juanita. A Romance of Real Life in Cuba*, que Mary (1806-1887) –futura esposa de Horace Mann– redactará 50 años después, y que fue reeditada en 2000 con un excelente prólogo, y considerada “parte del corpus de novelas antiesclavistas del XIX escritas por



americanas". Sophia (1809-1871), por su parte, sigue escribiendo estas cartas que pasan de mano en mano, entre familiares y amigos, como Nathaniel Hawthorne, quien será su esposo, las que fueron editadas en el último tercio del siglo XX. Su hermana Elizabeth, feminista y modelo de ese personaje bastante maltratado por Henry James en *Bostonians*, pero salvado por el cine, también intervino en el epistolario y en lo que se podría publicar o no, así como en el posfacio de la novela de Mary. Las tres han merecido varios libros en los últimos años, alguno de suma importancia en torno a la mirada de la viajera, al tema del paisaje, a las ausencias, a la re-elaboración literaria.

Cora Montgomery (1807-1878), seudónimo de Jane Maria Eliza Cazneau, es todo un caso. Fue una periodista de Nueva York, muy activa en el diseño de la política exterior norteamericana. También fue, como Leonora Sansay, amante de Aaron Burr, el primero de los expansionistas. Relacionada con propiedades de tierras en Tejas, respaldó la independencia de este territorio mexicano, iniciada por colonos norteamericanos y nativos disgustados con el gobierno de su país. Se dice que acuñó el nombre y el sentido del sintagma "Destino manifiesto", para justificar el expansionismo americano. Esclavista, no le interesó que se prosiguiera la conquista del territorio mexicano, porque su ambición mayor fue la conquista del Caribe, que coincidió con la supremacía de la navegación por el Misisipi y de Nueva Orleans, ciudad a la que se había mudado, como punto de partida hacia la conquista del Sur. Allí fue editora de *La Verdad*, diario de los anexionistas cubanos. Y es en este contexto que hay que leer su libro, *The Queen of Islands, and the King of Rivers. Travels in the Old South* (Nueva York: C. Wood, 1850), eminentemente político y producto de una visita a Cuba totalmente intencionada en el sentido de promover su unión a los estados esclavistas del Sur.

Julia Ward Howe (1819 - 1910), una de las más notables norteamericanas, fue una conocidísima ensayista y poeta, la primera mujer que ingresó en la American Academy of Arts and Letters, autora del Himno de Batalla de la República, y creadora del día de las madres. Pero, sobre todo, se la conoce como abolicionista y feminista. Y es, por supuesto, desde esta óptica que enjuicia a la sociedad cubana en su excelente y al mismo tiempo cáustico libro *A Trip to Cuba* (Boston: Ticknor & Fields 1860), donde la emprende contra todo, como ya veremos.

Rachel Wilson Moore (1800-1877), de Nueva York, viajó con su segundo esposo, por razones de salud y ya entrada en años, a Cuba y otras islas del Caribe. Era una cuáquera muy activa, antiesclavista y partidaria de la Unión, es decir, del Norte, en la Guerra Civil que se desarrolla contemporáneamente a su viaje a Cuba y que ya ha concluido cuando escribe y publica su libro, *Journal of Rachel Wilson Moore, kept during a tour to the West Indies and South America in 1863-64* (Filadelfia: T. Ellwood Zell, Publisher, 1867), en el que dice: "Habiendo viajado a través de todos los estados del Sur cuando existía la



esclavitud nunca la vimos en una forma tan horrible como en la isla de Cuba. [...] Y agrega:

Diariamente vemos pasar junto a nuestro alojamiento un gran número de esclavos cargados con pesados hierros y encadenados entre sí, los que se dirigen a distintas partes de la ciudad para trabajar en obras públicas como reparar el pavimento, limpiar alcantarillas u otras cosas de la más de la más baja categoría. Como van encadenados entre sí, ninguno puede moverse a menos que los demás lo hagan, lo que debe de haberles los mayores dolores. Los vimos en profundas alcantarillas, en medio del barro y la suciedad, no solo realizando su trabajo diariamente en esas asquerosas zanjas, sino ingiriendo sus alimentos (si es que pueden llamarse así), rodeados por esa pestilencia.

Moore compartirá sus ideas y experiencias con otros norteamericanos que también le narran los horrores que han presenciado y que ella reporta concienzudamente. La prohibición de la libertad de culto y el curso de la Guerra Civil son también tema de sus reflexiones e intercambios con sus compatriotas. Su diario ha sido reeditado varias veces.

Caroline L. Wallace, hija del cónsul de Estados Unidos en Santiago de Cuba, vivió en esta ciudad de 1861 a 1868. Su evidente sensibilidad ante el paisaje no elude la crítica, circunscrita sobre todo a destacar lo que falta en una villa desconocedora de los principios básicos de la modernización. Así la describe en su libro *Santiago de Cuba before the war; or, Recuerdos de Santiago* (Londres, Nueva York: F. T. Neely [c1898]):

La ciudad [de Santiago] en su conjunto, vista desde el muelle, con las casas que se extienden hasta las propias aguas de la bahía y que se elevan a lo lejos hacia las verdes colinas, o más bien hacia las montañas que la rodean, presenta un aspecto romántico y pintoresco. [...]

[Pero] las calles [...] son estrechas, sucias, muy mal pavimentadas –cuando lo están– y poco incitantes al paseo [...] Las aceras son estrechas; en algunas partes no pueden caminar más que dos personas juntas, y hay muchas donde ni siquiera existen aceras y el deteriorado pavimento de grandes piedras, tan incómodo para caminar, va de un lado a otro de la calle [...] (2).

Eliza McHatton-Ripley es uno de los casos más interesantes por todo lo que narra y las etapas que cubre su libro, titulado *From Flag to Flag. A Woman's Adventures and Experiences in the South during the War in Mexico, and in Cuba* (Nueva York: D. Appleton and Co., 1889), al que volveremos. Cito la nota en la que explica su título y la época, escenarios y acontecimientos que en él se abordan:

Los años que cubre este libro estuvieron llenos de emociones e interés. La guerra civil en los Estados Unidos puso la nación en armas desde el San Lorenzo hasta el



Río Grande, y destruyó todo el tejido social y político del Sur. México fue conquistado por los franceses, quienes en su momento fueron expulsados del país, y la posibilidad de que alguna potencia europea pudiera apoderarse de este territorio fue descartada para siempre. Una gran parte de Cuba estaba hacía años bajo el control de los insurgentes; y no parecía posible que se asegurara la paz hasta que un mar de sangre y millones del tesoro fueran derramados [...] He escrito, por qué y cómo corrimos de bandera en bandera?! [3]

Julia Luisa Mathilde Woodruff (1833-1909), usó el pseudónimo de W. M. L. Jay para firmar novelas de relativo éxito, y por tanto, se destaca por la descripción de personajes, detalles, y paisajes. Es, en general, curiosa, abierta y sorprendente en sus aseveraciones, como podremos comprobarlo en lo que comentaremos de su libro *My Winter in Cuba* (New York: E. P. Dutton and Company, 1871).

En las cartas, diarios o memorias de estas viajeras norteamericanas pueden observarse muchas reiteraciones, verdaderos lugares comunes de la literatura de viajes referida a Cuba, y del propio género en su recorrido romántico. Pero también existen entre ellas notables diferencias, debidas a las distintas capas sociales a las que pertenecían, y, sobre todo, a la variedad de motivaciones y objetivos de sus viajes y sus escritos.

Podía haber, como hemos visto, esposas que acompañaban a sus maridos y que describían o comentaban, por el mero placer de hacerlo, y para el disfrute de su familia y amistades, todo lo que se presentaba ante sus ojos. Hay también quienes viajan, con la intención de recuperar su salud. Pero sobre todo, y aun entre las anteriores, nos encontramos con mujeres dotadas de un riguroso compromiso ideológico, profesional o económico, que viajaban y escribían en función de su condición de abolicionistas, feministas, protestantes, maestras o propietarias. Sin embargo, es evidente en todas ellas un rasgo unificador al que no podían sustraer su catálogo y evaluación de los hábitos y costumbres, instituciones públicas y privadas, y relaciones familiares y sociales de la Isla: su visión de Cuba y de sus habitantes –en particular, de sus mujeres– como un *otro* inferior y censurable, al que tal vez fuera posible redimir mediante la educación, la higiene, una nueva y verdadera evangelización, la abolición de la esclavitud, la desaparición del dominio español y la anexión del país a los Estados Unidos, proyecto sustentado abiertamente por algunas y latente en otras.

Estas “formas de la autoridad femenina imperial” –cito a Mary Louise Pratt–, su misión civilizadora, la “carga” de la mujer blanca, constituían la tarea suprema de la mujer norteamericana y europea en la “zona de contacto”, que en este caso no equivaldría aún –digo yo– a la “frontera colonial”, vista desde una perspectiva expansionista a la que Pratt se refiere, ni tampoco podría ser del todo el sitio en que “colonizadores y colonizados” establecen “relaciones que usualmente implican condiciones de coerción, desigualdad radical y hosco conflicto”, según ella precisa. Se trataría, más bien, del ámbito en que se



produce "la copresencia temporal y espacial de sujetos previamente separados por dislocaciones históricas y geográficas cuyas trayectorias llegan a intersectarse".¹⁵ Porque no se puede pasar por alto que en lo que respecta a la Cuba decimonónica, los vínculos históricos y culturales de los criollos dueños de ingenios y plantaciones azucareras – interlocutores "naturales" de los viajeros y viajeras– con la metrópoli, así como sus relaciones económicas con los Estados Unidos, homologaban desde el punto de vista del sitio que sus riquezas les permitían ocupar en la sociedad, la colocación de visitados y visitantes. Serán diferencias de índole más bien cultural, y por ello al parecer más atenuadas que las correspondientes a colonizadora/ colonizada las que servirán a las viajeras norteamericanas para construirse una autoimagen y, representarse frente a la *otra*¹⁶: "nuestra educación, religión, hábitos de vida y pensamientos eran tan disímiles", anota Louisa Mathilde Woodruff.¹⁷

De esas "formas de la autoridad femenina imperial" no podían sustraerse ni siquiera las más avanzadas, porque con mayor o menor énfasis y tanto entonces como ahora, "cuando las feministas [norteamericanas y europeas] miran al extranjero, frecuentemente buscan establecer *su* autoridad sobre las espaldas de las mujeres no occidentales, determinando para ellas los sentidos y los objetivos de sus vidas".¹⁸

Así, por ejemplo, la excluyente, obligatoria y ostentosa práctica del catolicismo en Cuba se constituye en medio eficaz –y compartido por casi todas– para reforzar su identidad protestante. Así describe la célebre feminista Julia Hard Howe, con una sobredosis de ironía y sarcasmo, de la que no se salvan ni los pobres esclavos que las acompañan, a las asistentes a una misa militar celebrada en la catedral de Matanzas:

Las mujeres de la aristocracia femenina [de la ciudad] entran en grupos de dos o tres, llevando sus misales y seguidas por esclavos de ambos sexos, quienes cargan las alfombras de sus señoras. Las señoras están maravillosamente arregladas, si tenemos en cuenta lo temprano de la hora, y su indumentaria sugiere que no se han desvestido desde el baile de la noche precedente. Todo lo que miriñaques, polvos y bucles pueden hacer por ellas ha sido hecho, van en trajes de seda, y su pelo está lo que técnicamente se llamaría muy bien peinado. Algunas llevan sus

15 Mary Louise Pratt. *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. Londres y Nueva York, Routledge, 1992, p. 6-7.

16 Sara Mills. *Discourses of Difference: an Analysis of Women's Travel Writing and Colonialism*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991.

17 Louisa Mathilde Woodruff. "Capítulo XXI" [de *Mi invierno en Cuba*], en: *Viajeras al Caribe*, op. cit. p. 317.

18 Aihwa Ong. "Colonialism and modernity: Feminist representation of women in Non-Western societies", en: *Feminism and the Colonial Discourse*, número especial de *Inscriptions*, Santa Cruz, Calif., nos. 3/4, 1988, p. 79-93. (El énfasis es de la autora).



niños ataviados como muñecos que imitan los gestos y genuflexiones de las madres de un modo que provoca más tristeza que burla. Si el peinado es elaborado, el persignarse también. No consiste en una simple cruz, "*in nomine Patris*", etc. Parece que se hacen tres o cuatro cruces de la frente al pecho, y concluyen besando la uña del pulgar, en honor de qué o de quién no podríamos imaginarlo. Entrando en el espacio central, dividido del resto por filas de asientos a cada lado, eligen su posición y se dirigen a sus oscuros sirvientes para que extiendan las alfombras. Algunas de ellas evidencian una considerable habilidad estratégica en la selección de su espacio. Estando ya todo listo, caen de rodillas, despliegan sus faldas, se persignan, abren sus misales y miran alrededor de ellas. Sus sirvientes se retiran un poco, despliegan un pañuelo en el piso, y se arrodillan modestamente sobre él, esperando, obviamente, ser salvados junto con la familia de sus amos. (141-142)

Pero Luisa Mathilde Woodruff es mucho más cuidadosa, y posiblemente más certera en su descripción del atuendo y la conducta de las cubanas en la misa a la que asiste, y aprovecha la ocasión para comparar su actitud con la que muestran cuando se exhiben, ese es el verbo apropiado, en sus volantas durante el *paseo*:

Las señoras estaban casi todas vestidas de negro –la costumbre prescrita para ir a la iglesia– con la graciosa mantilla española de encaje negro cubriéndoles la cabeza y cayendo sobre sus hombros. Me sorprendió ver cómo lucían más hermosas, más delicadas y más femeninas que como las había visto en el *paseo*, y recordé con un poco de remordimiento la severa crítica sobre su apariencia personal que había anotado entonces sobre ellas. La joven que me hizo sitio se veía indiscutiblemente hermosa, con los ojos entornados, sus largas pestañas rozando las mejillas, y su rostro parcialmente cubierto por la mantilla; y justo en el lado opuesto estaba una señora de regia belleza, de grandes ojos negros y resueltos, y una hierática pose de gracia escultórica, que me dejó fascinada de admiración. Era triste pensar que tanta belleza pudiera ser enmascarada, degradada, completamente perdida, en esas ridículas galas del *paseo*! (p. 57)

Y es así como las ha descrito antes, cuando se exhiben al atardecer en sus coches:

Las señoras, de acuerdo con su costumbre, van descotadas y sin sombrero, con sayas largas y llamativas que cuelgan fuera de sus volantas. Una mirada a la combinación de colores de su vestuario bastaría para convertir a una modista francesa en candidata a un manicomio. Amarillo y rojo, azul y morado, verde y naranja parecen ser las combinaciones favoritas; y aunque los ojos oscuros y la complejión de las cubanas soportan estos asombrosos contrastes con una mucho mayor gracia que lo que podrían sus más pálidas hermanas del norte, sin embargo les dan un aspecto innegablemente poco elegante –por no decir vulgar– ante las personas no acostumbradas a tal chabacanería en el atuendo. Quizás esta fue la



razón por la cual tan pocas me parecieron algo hermosas. Al rato llegué a regañadientes a la decisión de que mi querido ideal de belleza cubana nunca podría rebajarse a encarnar en ninguna de esas matronas gordas, quisquillosas y exageradas, ni en esas doncellas delgadas, amarillentas, sin vida e igualmente exageradas en su vestimenta. (47)

En relación con el atuendo de las cubanas, Julia Ward Howe coincide con Luisa Mathilde Woodruff hasta en el léxico y las comparaciones: “En cuanto al vestido, [...] las damas criollas en general sólo tienen ideas chillonas y bárbaras [que] estremecerían a cualquier parisina.” Pero cuando se trata del maquillaje, va mucho más lejos: “parecen poseer gran belleza, pero abusan del privilegio de los polvos. [...] A pesar de eso son hermosas, mas se siente un deseo natural de correr y meterse entre ellas con un plumero y desempolvarlas un poco antes de dar una opinión válida sobre su belleza”.

La preocupación por la higiene, vinculada al tema de la esclavitud, también aparece en sus textos, como lo advierte Leonora Sansay, en contrapunto con lo que había visto en Haití:

En las mejores casas y más ricas familias hay un contraste de esplendor y pobreza que es chocante. Sus lechos y muebles están cubiertos con profusión de ornamentos dorados y vulgares, mientras que los esclavos que sirven a la familia, y hasta los que se ocupan de las damas, andan en harapos y sucios, del modo más repugnante.

¡Qué diferentes eran las costumbres de St. Domingo! Los esclavos que servían en las casas estaban vestidos con la más escrupulosa limpieza y nunca nada que a la vista podía ocasionar una idea desagradable (112).

Y lo ratifica Eliza McHatton-Ripley:

Cuando la negra, con un vestido que le arrastraba, sucio, descotado y sin mangas, un cigarro en la boca y cargando un niño desnudo, enfermo y lloriqueante se puso a preparar la mesa, limpiando escrupulosamente los platos [...] con lo que sobrevivía de una toalla de aspecto demasiado sospechoso, la idea de cenar no fue nada atractiva. (151)

Viajeras cubanas

Paralelamente y en contrapunto con el emergente discurso colonial estadounidense en relación con Cuba, y con la configuración cada vez más precisa en el imaginario social cubano de los Estados Unidos como opción alternativa frente a España, modelo para la futura nación y espacio privilegiado en que se desarrollaba vertiginosamente la modernidad,



fue conformándose desde los años 20 del siglo XIX un variado corpus de textos sobre los Estados Unidos, escritos tanto a su favor, como en su contra, por viajeros cubanos que llegaban a sus ciudades primeramente motivados por la persecución o el destierro y por el estudio de las instituciones norteamericanas –verdadero ritual iniciático para los futuros grupos dirigentes¹⁹. Pero ya más entrado el siglo, viajaban movidos también por el placer de visitar los centros de veraneo o de cultura, o por el deber de satisfacer como corresponsales la curiosidad de amplios grupos de lectores de periódicos y revistas a los que enviaban sus “cartas”, y los intereses políticos de sus editores.

Sin embargo, en comparación con la amplia bibliografía consagrada a los viajeros franceses, ingleses o alemanes que visitaron los Estados Unidos en el siglo XIX, los libros de viajeros hispanoamericanos solo han sido estudiados en este país en textos que abordan el tema más amplio de las relaciones literarias entre las dos Américas, libros en los que me he detenido en otras ocasiones y que ahora no puedo tratar.

Como se ha advertido, muchos de los textos de estos viajeros y viajeras latinoamericanos testimonian desplazamientos por una topografía simbólica, por caminos que conducen del caos al orden, de lo bajo a lo alto, de la barbarie a la civilización, del pasado al futuro²⁰. Y por otra parte, como “el yo que viaja transporta consigo todas las posiciones que ha ocupado y está simultáneamente en todas partes, recapitulando a cada instante una totalidad de saberes”,²¹ y porque nadie viaja a lo ignoto, sino que se dirige siempre a un país conocido / imaginado / construido de antemano por lecturas y conversaciones, estos viajes a los Estados Unidos muchas veces han estado orientados, positiva o negativamente, por visitas anteriores al viejo continente, o por lecturas previas de autores europeos que habían estudiado, para alabarlos o censurarlos, el proceso histórico y las instituciones sociales de la América Septentrional.

En parte por esas razones, pero sobre todo por su condición colonial, la valoración que ofrecen los cubanos y cubanas de los Estados Unidos suele realizarse “por triangulación” y de manera “reactiva” frente a España, en lo que a política, economía y desarrollo científico-técnico se refiere, y frente a Francia, en lo que respecta a la cultura. Y en general, la literatura cubana de viajes a los Estados Unidos del siglo XIX muestra una marcada intención política, pues en muchas ocasiones lo que en ella se predicaba, lo que se decía del Norte, tenía un correlato implícito o explícito en Cuba y su condición de colonia española.

19 Julio Ramos. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Mexico: Fondo de Cultura Económica, 1989, 145.

20 id., 147.

21 Mónica Tamborenea. "La constitución de la subjetividad en los relatos de viaje en los '80", en *Dispositivo*, vol. XVII, no. 42-43, Michigan: 1992, 309.



En este poco explorado corpus merece especial atención un pequeño grupo de textos de viajeras triplemente bloqueado, tanto por la marginalidad en la que el canon tradicional coloca a la literatura de viajes, como por la condición femenina y la ubicación geográficamente periférica de sus autoras. Y lo vengo haciendo desde hace años con la también triple intención de iniciar su rescate y recuperación para la narrativa histórica de la literatura cubana escrita por mujeres, de contribuir al trazado del mapa de las múltiples y contradictorias relaciones entre Cuba y los Estados Unidos (en las que las mujeres han tenido –y tienen– un papel poco reconocido, pero de gran importancia), y de echar mi hojita seca a la hoguera del debate académico estadounidense en torno a la conveniencia de que los *American Studies* tengan en cuenta la producción de la *otra* América,²² sobre todo cuando esta se refiere explícitamente a ellos.

A continuación enumero y comento algunos de los textos de viajeras cubanas del siglo XIX que he podido rastrear y, en su mayor parte, localizar y estudiar, para dedicar después mayor espacio a cuatro debidos a muy singulares escritoras y personalidades. Pero antes es necesario que me detenga a presentar los criterios que he seguido para el establecimiento y organización del corpus.

En primer lugar, debe recordarse que la experiencia del viaje y la experiencia de la escritura no siempre son contemporáneas, sino que en ocasiones las separan meses, años, décadas. Ese es el caso de muchos “libros” o “impresiones” de viajes o, como sabemos, de las “memorias” o “autobiografías” en que se incorporan los relatos de largas y añejas andanzas de sus redactores o redactoras. Lo contrario sucede con las “cartas” enviadas por corresponsales a los diarios o revistas para los que escriben, y con los epistolarios auténticos –aunque estos suelen publicarse mucho después, si es que llegan a un editor.

Pero en nuestro caso, como podrá advertirse de inmediato, la mayoría de estos textos son obra de escritoras, periodistas o profesionales, producidos *motu proprio*, o porque les fueran solicitados a ellas por editores o políticos interesados en que se imprimieran lo antes posible, de modo que la fecha del viaje y la de la publicación o coinciden, o son relativamente cercanas. Solo dos de estos textos aparecerán mucho después.

Por otra parte, como resulta evidente de lo que sigue, el corpus no solo está integrado por textos que responden a las formas tradicionales del género –crónicas o relatos de viaje–, sino también por cualquier otra especie literaria, canónica –poesía– o marginal –epistolarios, memorias–, en la que se dé cuenta de la experiencia de un viaje.

Dejando para el final a las más importantes autoras de textos de viaje o motivados por viajes: la Condesa Merlin, Gertrudis Gómez de Avellaneda, Aurelia Castillo de González y María Luisa Dolz, pasemos rápida revista a los escritos de algunas otras que nos permiten

22 Cf. Carolyn Porter: "What we know that we don't know: remapping American literary studies", en: *American Literary History*, Fall 1994, vol. 6, no. 3, pp. 467-526.



advertir la variedad de actitudes, posturas, condiciones de ánimo y formas de expresión de las viajeras cubanas al Norte.

En el verano de 1882 y en compañía de una tía, la joven matancera **Dolores María Ximeno y Cruz** (1866-1934) visitó los Estados Unidos. La muerte de su padre, acaecida tras su regreso a Cuba, marca de tristeza y nostalgia sus recuerdos de viaje, que apenas ocupan unas páginas de sus *Memorias*,²³ escritas más de cuarenta años después, a fines de los 20 del pasado siglo. Por ello, en su breve descripción de la naturaleza y de la sociedad del Norte –en la que lo que más celebra es el tratamiento respetuoso que reciben las mujeres, no la libertad que poseen– se observa, más que su propia visión, patentes alusiones y calcos de la poesía cubana del destierro y la consabida depreciación estética de los Estados Unidos en relación con Europa, propia de la tendencia integrista, es decir, pro-española, de su familia. Junto a ello, resulta de gran interés advertir la impronta de ideas de comienzos de ese siglo XX en el que escribe, como son el rechazo a la modernidad expresada en la magnitud y el ritmo de vida de las grandes ciudades norteamericanas. O, por otra parte, una postura *arielista*, es decir, basada en el ideario promovido por José Enrique Rodó con motivo del expansionismo norteamericano a raíz de la intervención en 1898 de los Estados Unidos en la guerra de Cuba, *arielismo* que la lleva a defender, frente al pragmatismo estadounidense, los valores espirituales de la “latinidad” y, particularmente, de lo “hispanico”.

Magdalena Peñarredonda y Doley (1846-1937), pinareña que llegaría a ser comandante del Ejército Libertador y oficial de enlace del General Antonio Maceo en la guerra de 1895, así como una de las más notables periodistas y luchadoras por los derechos de la mujer en el primer tercio del siglo XX, vivió en los Estados Unidos a fines de los 80, cuando la causa de la independencia era un espejismo en el que muy pocos creían. Desde allí enviaba sus “Cartas de Norte América”, firmadas con el anagrama Elga Adam, a *La Habana Elegante*, el semanario de los modernistas cubanos e hispanoamericanos como Julián del Casal, Rubén Darío, Manuel Gutiérrez Nájera... En ellas, a más de dar a conocer distintos aspectos de la vida y el pensamiento en los Estados Unidos, país al que admiraba por el grado de libertades alcanzadas por las mujeres, establecía constantes comparaciones con lo que sucedía en Cuba, aprovechando cualquier circunstancia para denunciar los errores de la administración colonial. Entre los temas abordados por ella, que nada tienen que ver con lo que se consideraba propio de las mujeres, me interesa sobremanera destacar la especial atención que le prestara a la emigración cubana a los Estados Unidos a fines del siglo XX, atención enfocada desde una perspectiva estrictamente económica que, al tiempo que resaltaba su beneficiosa participación en el desarrollo de la Florida, ponía en guardia a los

23 Dolores María Ximeno y Cruz. *Aquellos tiempos... Memorias de Lola María*. Prólogo de Fernando Ortiz. La Habana: Colección Cubana de Libros Inéditos o Raros, 1928-1930, 2 t.



peligros que entrañaba no solo su nociva contribución al despoblamiento de la Isla, sino a la decadencia de una de sus principales fuentes de riqueza: el cultivo y la industria del tabaco.²⁴

Hija de norteamericana y de cubano y residente en Francia, **Inés María de los Dolores Madan y O'Sullivan**, Marquesa de San Carlos de Pedroso (1846-?), viajó a fines de los 80 a la tierra de su madre con el presunto objetivo de averiguar quiénes eran esas jóvenes estadounidenses que todos los veranos invadían París en búsqueda de novio, amedrentando a sus potenciales suegras (3-4), pero descubrió muchas otras cosas. Escritas para la *Nouvelle Revue* y publicadas como libro por su editorial,²⁵ sus más de trescientas cincuenta páginas no recogen ni una vez el nombre de Cuba ni se refieren a nada relativo a su país de origen, como no sean los "cigares de la Havane" que fuman los amigos del pintor X... (179) Sin embargo, el poeta Julián del Casal, le dedica una amplia crónica al libro de la que llama "una gran dama cubana", rescatándola para las letras de la Isla al tiempo que entusiasma al potencial lector con la reseña de la indudable variedad de temas de gran interés y actualidad que trata en sus páginas.²⁶

Ya hacia fines de siglo, la excepcional poeta y artista **Juana Borrero** (1877-1896), quien en su infancia había estudiado pintura en los Estados Unidos, se refugió con su familia en Cayo Hueso a comienzos de 1896. Su intenso epistolario del exilio²⁷ evidencia la mayor indiferencia ante el entorno, ocasionada no solo por la separación de la patria en guerra, sino también por su alejamiento del amado y la enfermedad que poco después la llevaría a la tumba. Nada parece existir a su alrededor. Solo describe su buhardilla y el cementerio cercano, que ve desde su ventana o visita en sus constantes viajes a la oficina de correos. El resto se borra, como sucede en casi toda la literatura de exiliados.

Terminada la Guerra de Independencia, como decíamos, con la intervención americana, alrededor de mil trescientos maestros cubanos –de los cuales mucho más de la mitad eran mujeres –viajaron en el verano de 1900 a la Universidad de Harvard para adquirir la formación requerida por el nuevo sistema de educación impuesto al país a imagen y semejanza del estadounidense, y destinado a construir una vía alternativa de dominio a largo plazo de la Isla, mediante la formación de sus cuadros docentes, la organización de su enseñanza pública y, por tanto, la educación de todos sus futuros ciudadanos de acuerdo

24 *La Habana Elegante*, año 6, no. 31, 34, 40, julio-septiembre de 1888.

25 *Les Américains chez eux*. París: Librairie de la *Nouvelle Revue*, 1890.

26 Julián del Casal. "Libros Nuevos. Los Estados Unidos por la Marquesa San Carlos de Pedroso", En: *Prosas*. La Habana, Consejo Nacional de Cultura, 1963, t. 2, pp. 179-181. Este texto se publicó originalmente en *La Discusión*, La Habana, 21 de julio de 1890.

27 Juana Borrero. *Epistolario*. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, 1967, 2 t. El t. 2, p. 264-368, recoge sus veintisiete cartas de Key West.



con patrones y modelos norteamericanos.²⁸ Dos de estas viajeras escribieron, junto con dieciséis maestros, un librito de cien páginas²⁹ que, en buena medida constituye una reproducción de proyectos, planes de estudio, horarios, guías de los Estados Unidos y de Boston, así como palabras de sus anfitriones norteamericanos, y apenas presenta de modo directo, personal, su propias experiencias. Sin embargo, en él resultan de gran interés, entre otros muchos aspectos, su positiva apreciación de la condición de la mujer en los Estados Unidos y de la disposición de las cubanas a imitarlas en cuanto tenía de positivo.

Pasemos ahora a las cuatro viajeras en cuyos textos nos detendremos. Y comenzamos con dos cubanas que considerándose siempre a sí mismas como tales, vivieron la mayor parte de sus vidas en Europa, donde llegaron a desarrollar una importante carrera literaria; y fueron las primeras mujeres de la Isla que escribieron sobre el Norte, para lo que contaron, a diferencia de casi todos sus compatriotas masculinos que antes o contemporáneamente habían visitado los Estados Unidos y escrito acerca de ellos, con experiencias, lecturas y perspectivas mucho más amplias aunque disímiles entre sí. A ello se debe el énfasis y la seguridad con que desde posiciones contrapuestas incorporan a sus respectivos discursos la tensión rechazo / atracción, odio / amor hacia los Estados Unidos, que cada una de ellas caracteriza en la polarización de sus prevenciones y de su admiración, y que con rarísimas excepciones de neutralidad o indiferencia, siempre estará presente en las miradas al Norte de las viajeras cubanas.

Las nueve cartas sobre los Estados Unidos con que **María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, condesa de Merlin (1789-1852)**, abre su libro sobre La Habana, no se incluyeron en su versión española.³⁰ En ellas se describen las ciudades de Nueva York, Filadelfia, Baltimore, Boston y Washington, visitadas por la autora en los días de la primavera de 1840 en que, recién llegada de Francia, prefirió esperar por un velero que la trasladara directamente a La Habana, adonde regresaba después de cerca de cuarenta años de ausencia, antes que viajar inmediatamente por tierra a Charleston y allí tomar un rápido vapor de cabotaje. Es decir, se trata de un recorrido voluntario, pero no de un paseo; pues, como veremos, su interés por los Estados Unidos está íntimamente vinculado a los objetivos del libro que motiva su retorno al país natal.

A esta antillana de costumbres y educación europeas, que en la década precedente había publicado en París cinco libros muy bien recibidos por la crítica, sus compatriotas reformistas le habían encargado en secreto, ofreciéndole para ello todo tipo de ayuda,

28 Louis A. Perez, Jr. "El diseño imperial: política y pedagogía en el período de la ocupación de Cuba, 1899-1902". *Estudios Cubanos*. 12. 2 (1982).

29 *La Escuela de verano para los maestros cubanos*. Cambridge: Press of Edward W. Wheeler, 1900.

30 Condesa de Merlin. [María de las Mercedes Santa-Cruz y Montalvo]. *La Havane*. 3 t. París: Librairie d'Amyot, 1844.



inclusive sus propios textos, la preparación de un libro sobre Cuba, que escrito por ella, que entonces era, sin duda alguna, la más conocida de las plumas de la Isla, encontraría en Europa la resonancia que sus pobres voces provincianas no podrían alcanzar. La intención del libro sería la de favorecer la participación de los cubanos en el gobierno de la colonia, y la abolición de la trata de esclavos, así como medidas de distinto orden que contribuyeran al desarrollo del país mediante el fomento de la inmigración y las inversiones europeas, y aflojaran un tanto los lazos de su dependencia de España, a la que sin embargo, Cuba debía seguir unida en razón del peculiar desbalance demográfico producido por la esclavitud y el temor a una sublevación de los negros. Por otra parte, tanto su viaje y el reencuentro con su familia, que la había marginado de sus bienes patrimoniales, como el libro que resultaría de él, contribuirían a reponer la economía de la Condesa, seriamente afectada.

Defensora, pues, de la permanencia de Cuba bajo el mando de España, y exponente, como muchos otros autores europeos contemporáneos de la Restauración francesa, que habían visto cómo volvía un rey al trono, de su preferencia por el modelo de gobierno monárquico y su desprecio por el republicano, la visión de los Estados Unidos que les ofrece Merlin a sus compatriotas es intencionalmente negativa, como lo explicita en el prólogo dirigido ellos el cual aparece mutilado en su edición española: "No he ocultado nada, ni la situación social que he encontrado a la América del Norte, situación amenazadora para los Estados de Washington y para Europa que quiere seguirlos y dejarse arrastrar por ellos [...]" (8)

Aristócrata por nacimiento, matrimonio y relaciones, detesta las prácticas y costumbres que atribuye al republicanismo norteamericano. Por una parte, piensa que la libertad colectiva y la igualdad se han constituido en una nueva esclavitud individual, pues en nombre de ellas debe sentarse en medio de vulgares desconocidos:

Ayer asistí al debut de Fanny Elssler. Fue aplaudida con furor. Parecía revelarles el arte de la danza a los americanos; el entusiasmo era completo, creí estar en Roma, y me costaba trabajo reconocer a este pueblo que habla mesuradamente y camina como movido por resortes. Pero pronto estos hombres con los sombreros puestos, con sus trajes baratos, acostados sobre sus asientos, que después de haberse quitado los zapatos con gruesos clavos, apoyaban negligentemente sus pies calzados con medias de lana sobre la butaca de sus vecinos, me recordaron que estaba en los Estados Unidos. La sala de espectáculos es bella y bien alumbrada, pero el principio de igualdad, intolerable esclavitud, exige que las localidades no estén numeradas, de manera que la mayoría de las veces, la hija queda separada de su madre, el marido de la mujer, y así todos están sentados al azar. A la salida del teatro el desorden estaba en su apogeo. No hay policía, ya que podría restringir la libertad del pueblo, que se abalanza a su gusto sobre los



más débiles. No hay sirvientes; este uso aristocrático chocaría mucho a la masa, que los suministra y no los tiene; ni empleados que mediante una propina vayan a buscar los coches. Un americano no debe dedicarse a servir a otro. Tampoco hay forma de poder reconocerse, y después de haber estado en peligro de ser asesinado se acaba por ser robado. El tumulto era algo sin precedente; tropezaban, se empujaban, y los golpes llovían. Nuestro caballero tuvo la suerte de poder, al fin, encontrar un coche, pero regresó sin su cartera. Al llegar a casa me di cuenta, a mi vez, de que no tenía mis gemelos de teatro, por un momento pensé que se habían quedado en el coche. Quise reclamarlos pero me aseguraron que sería inútil. Aquí la policía solo se ocupa de los crímenes, y muy poco de los robos; tendría demasiado trabajo. (32)

E igualmente, si viaja, está obligada a “compartir el mismo coche con sesenta u ochenta individuos que mastican tabaco, escupen y huelen mal”, o en el barco en que remonta el Hudson, “al lado de estos despiadados patanes, víctima de sus malos hábitos” (44). Por otra parte, se pregunta qué igualdad social existe en una ciudad como Nueva York en la que el dinero y, en consecuencia, el orgullo y el miedo de sus habitantes, establecen las fronteras de los barrios (30). Las mujeres de los Estados Unidos le parecen superficiales; los hombres, vulgares, mal educados, sucios, pero todos son muy laboriosos, están muy seguros de sí mismos, y siempre tienen mucha prisa, por lo que se pregunta, finalmente:

¿Serán las costumbres americanas las de los pueblos del porvenir? ¿Son ellas las inevitables consecuencias de los principios democráticos? [...] ¿Este espíritu de personalidad que rebaja el alma y hace retroceder la fuerza y el poder moral del hombre hacia la vida de los sentidos y al amor al dinero, será el resultado de tantas luchas sangrientas y de tantos nobles esfuerzos? ¿Será que la medida de la perfección humana es breve y se encuentra ya de regreso? Y la civilización, después de haber recorrido su círculo ¿no habrá servido más que para conducir al hombre al punto de partida de sus primeros esfuerzos? (48-49)

Casi un cuarto de siglo después, en 1864, tras la muerte de su segundo esposo, **Gertrudis Gómez de Avellaneda** (1814-1873) regresa de Cuba, donde ha vivido cinco años, a España, su país de residencia desde 1836. Ante la certeza de que ya no volverá al Nuevo Mundo, aprovecha la oportunidad para rogarle a su hermano que la acompañe a visitar por primera y única vez los Estados Unidos –viaje que había pensado hacer con su esposo. Allí permanece dos meses. Pero, pese a haber dedicado muchas páginas a la literatura de viajes, en esta ocasión recoge sus impresiones en otro género: la poesía, que a tenor con sus capacidades expresivas, le permite concentrar metafóricamente en un solo aspecto de lo conocido en su viaje, las cataratas del Niágara, todo lo que los Estados Unidos significan para ella.



El título y las primeras estrofas de su extenso poema "A vista del Niágara",³¹ inducen a pensar que se trata de un nuevo homenaje al poeta cubano José María Heredia (1803-1839), a cuya muerte había escrito una de sus más importantes composiciones; o un tributo a lo que ya era una tradición entre los autores europeos e hispanoamericanos: dedicar algunos párrafos o estrofas a las famosas cataratas. Pero a medida que se avanza en la lectura resulta evidente que esa no es su intención, que este poema, como otros de sus textos, se escribe como contradiscurso, en este caso, como contestación a Heredia, sobre lo que volveremos más adelante.

Porque aunque a lo largo de estrofas y estrofas ensalza esta "excelsa maravilla", a la divinidad que la ha creado, y a Heredia, su cantor, lo que la "humilde" autora más admira es "otro portento / del humano poder gran monumento", el puente sobre el Niágara:

*¡Salve, oh, aéreo, indescribible puente,
obra del hombre que emular procuras
la obra de Dios junto a la cual te ostentas!
¡Salve, signo valiente,
del progreso industrial, cuyas alturas
--a las que suben las naciones lentas--
domina como rey el joven pueblo
que ayer naciente en sus robustos brazos
tomó la libertad, y que hoy pujante
de la marcha común salta los plazos,
y asombra al mundo que lo ve gigante!*

El vertiginoso y colosal desarrollo de los Estados Unidos, es para Avellaneda, quizá la más afamada romántica de las letras hispanas, razón suficiente para situar a esta joven nación al frente de países con más larga y adornada historia. Y el motor inicial de este avance, según ella, está en la libertad alcanzada por su pueblo, en honor del cual entona un entusiasta –y también autocompasivo– *beatus ille*:

*¡Feliz aquel que debe a la fortuna
Tener en la región privilegiada
Que tan tarde conozco alegre cuna!
¡Feliz quien de la vida en la alborada*

31 Gertrudis Gómez de Avellaneda. *Antología poética*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1983, p. 234-239.



Tu ambiente aspira, oh, pueblo americano!

Más esta libertad no solo contribuye al “progreso industrial”, sino también al desarrollo social, como precisa en los últimos versos de su estrofa final, en la que junto a lo imponente de la naturaleza norteamericana celebra las virtudes políticas de su pueblo:

*Que si tienes –cantando tu grandeza-
prodigios como el Niágara en el suelo,
al ostentarte en superior alteza
cimentarte supiste instituciones
que el genio liberal como modelo
presente con orgullo a las naciones.*

Pero este texto también habla de su autora. Casi al final de la “Oda al Niágara” de Heredia, el hablante lírico fantasea acerca de la presencia junto al abismo de una “hermosa” que él correría a socorrer con su abrazo al verla “cubrirse / de leve palidez y ser más bella / en su dulce terror”. Pero la mujer que comparece y habla en los últimos versos de este poema de Avellaneda, lamentando la avanzada edad en que ha conocido esta otra América, pese a la reciente pérdida de su esposo –que no cesa de deplorar en las primeras estrofas–, está muy lejos de la pasividad y del desmayo, y en vez de ocupar el espacio de la naturaleza, del miedo y las emociones, tradicionalmente asignado al sujeto femenino, ocupa, como hemos visto, el que entonces correspondía al hombre, el espacio del saber, tanto de ciencia y técnica, como de política.

En una de las conferencias que ofreciera en los años 70 José Lezama Lima, al comentar “A vista del Niágara” dijo que la poeta: “cuando se encuentra en presencia de la gran catarata, ni siquiera intenta rivalizar con Heredia. Por un momento hace alguna referencia a la caída de las aguas, y después empieza a hablar de un puente que se había construido muchos años después de la memorable visita de Heredia. No intentó nunca rivalizar con Heredia en ese tema”.³² Sin embargo, podría pensarse que si bien Avellaneda no aspiró a rivalizar con él, sí intentó más de una vez hacer algo de mayor trascendencia: *rectificar* a Heredia.

“A vista del Niágara” es el único texto de Avellaneda motivado por su visita a los Estados Unidos. Sin embargo, a raíz de este viaje le hace grandes modificaciones a su soneto “Washington” –publicado en la edición de sus *Poesías* de 1841–, con el fin de hacer resaltar nuevamente –en este caso, por encima de las virtudes bélicas del héroe, como en

32 José Lezama Lima. “Conferencia sobre Gertrudis Gómez de Avellaneda”, en: *Fascinación de la memoria*, La Habana: Letras Cubanas, 1993, p. 153-165.



el otro, por encima de las bellezas naturales de las cataratas-, la libertad y el progreso de los Estados Unidos y su significación ejemplar, paradigmática, para otros pueblos. Sin embargo, teniendo en cuenta estos textos, resulta necesario aclarar que esta profesión de fe liberal de Avellaneda no quería decir que simpatizara con la independencia de Cuba – como tampoco simpatizaban con ella sus amigos, los liberales españoles– y, mucho menos, con la anexión de la isla a los Estados Unidos.

Treinta años más tarde, hacia un fin de siglo muy dado a celebrar exposiciones universales, en 1893 Aurelia Castillo de González (1842-1920), que pocos años antes había mantenido a los lectores de *El País* al tanto de todo lo que pasaba en la Exposición Universal de París, fue designada por el director de periódico para ocuparse de reportar los acontecimientos más relevantes de la Exposición Colombina de Chicago. Y ello no solo por sus indiscutibles dotes de cronista, sino, sobre todo, porque era mujer, hecho importantísimo, ya que la de Chicago, convocada para conmemorar, aunque con breve retraso, el cuarto centenario del descubrimiento de América, incorporaba una especial novedad: todo un edificio, un palacio, destinado a mostrar los avances logrados por las mujeres en las más diversas esferas, y en donde estarían representadas las cubanas con una antología y con obras de arte y artesanía.

Además de aparecer, entre julio y octubre de 1893, en *El País*, las crónicas de Castillo se publicaron en 1894 en la *Revista Cubana*, dirigida por Enrique José Varona, y al año siguiente, en forma de libro, bajo el título de *Un paseo por América. Cartas de México y de Chicago* (La Habana: Imp. "La Constancia", 1895).

Las cuatro primeras cartas relatan su viaje a México y el tránsito, con escalas en San Antonio y San Luis, hasta su destino final; y las seis restantes reportan su estancia en Chicago y sus frecuentes y demoradas visitas a la Exposición, donde no deja nada por comentar.

Desde su llegada hay dos cosas que impresionan a la viajera por sobre todo lo demás: el desarrollo de las máquinas, y todas las aplicaciones del vapor, el gas y la electricidad; lo que le otorga gran relieve en sus cartas a un aspecto que ocupa desde entonces un espacio privilegiado en el imaginario social cubano: el confort logrado mediante los adelantos técnicos aplicados a mejorar las condiciones del trabajo doméstico y la vida de la familia:

se van simplificando los actos todos de la vida con [...] ingeniosos aparatos, que [...] sin exigir más trabajo que el de apretar un resorte o torcer una llave, dan el chorro de agua a la temperatura que se desee, el fuego de gas en la chimenea y la cocina, en un instante encendidos y en un instante apagados, la luz de arco incandescente, la cortinilla, que se alza y se baja, deteniéndose donde uno quiere, para graduar la luz a voluntad, la trompetilla acústica, que nos trae lejanas palabras, el muelle de acero que se encarga de cerrar la puerta tras la persona que entra o sale y que obrando con tremenda fuerza, se detiene sin embargo un



momento antes de encajar y encaja después suavemente y sin ruido; [...] y entre todo eso, lo que a mí más me encanta y quisiera llevar a cada casa de Cuba son los ventiladores eléctricos, que en forma de molinos, con un diámetro de un tercio de metro, y girando con tal velocidad que las aspas desaparecen a la vista y sólo se distingue un transparente disco, suprimen el calor hasta el punto de sentirse frío. Y a los establecimientos llevaría otros ventiladores [...] de un metro y medio de altura [...] Pónenlos también en las barberías [...] Quisiera yo ver a [Julián del] Casal afeitándose de este modo en la Habana y en el mes de agosto, y preguntarle entonces si reniega del progreso. (76-77)

Sin embargo, serán el respeto y la libertad que han adquirido las mujeres norteamericanas, fundamentados en la educación, el tema principal de sus crónicas. Tratado particularmente en la que dedica al edificio de la mujer (carta VII), que comienza a modo de ejemplo sobre la influencia y el poder que puede alcanzar la gestión femenina - aun frente a un asunto de tal alcance como la esclavitud- con un análisis de la significación política, moral y literaria de la obra de Harriet Beecher-Stowe, y continúa con la reseña del lugar alcanzado por las mujeres en cada rama de la industria, el arte y la ciencia; es abordado en las restantes cada vez que se presenta la ocasión. De este modo, casi toda su percepción de la sociedad estadounidense, compactada por la fuerza centrípeta de la Exposición y magnificada por el carácter competitivo inherente a ella, tiene como referencia constante a la mujer:

¡Qué gusto es ver aquí a las mujeres dirigiendo sus carruajes, ya solas, ya acompañadas con una amiga o con una hija pequeña, y marchar rápidamente en velocípedos, sin que las faldas les estorben para nada [...]! Y todo esto, sin perder ni un tantico de su reputación, sin que nadie se fije en lo que van haciendo, libres y felices, y tan virtuosas y tan respetadas -las que quieran serlo- como la más modesta y buena en nuestros países de reclusión y de preocupaciones. [...]

Quizás el ir ellas igualándose tanto a ellos en estos países, donde la educación es la misma para ambos sexos, haga que la mujer vaya perdiendo algo de aquellas galanterías que la Edad Media llevó al delirio. He notado que el yankee aquí en Chicago [...] no es tan cortés como el yankee de Nueva York, por ejemplo. [...] Pero ¿qué valen, decidme, las migajas de la atención comparadas con el banquete que la mujer puede darse hallándose apta para hacer frente a todas las circunstancias de la vida? ¿Qué vale el pie diminuto, a fuerza de compresión, de la mujer china, junto al pie ligero y firme de la mujer norteamericana? Desdichado es siempre el que obtenga protección, por muy generosa que la obtenga. (80-81)

Por otra parte, coincide con otros viajeros de la Isla en el reconocimiento de la importancia asignada en este país a la educación -otra de las grandes obsesiones de la



sociedad cubana-, pero también ofrece inteligentes y puntuales respuestas a las críticas o reparos de algunos que la precedieron. Su apreciación de la organización del transporte público, por ejemplo, parece destinada a corregir a la Condesa Merlin, quien pensaba, como hemos visto, que la “libertad” colectiva y la “igualdad” se habían constituido en un nuevo despotismo individual, que la obligaba a codearse con todo tipo de gentes.

País democrático [...] que tiene una masa popular inmensa, en cuantos servicios públicos instituye [...] atiende, antes que a satisfacer el orgullo del rico, a proporcionar comodidades al mayor número. En los trenes [...] se ponen uno o dos carros Pullman para los que puedan pagar el exceso de pasaje, y en los demás no hay primera ni segunda: todo el mundo tiene iguales derechos; y si a la señorita refinada que lleva guantes de cabritilla y sombrero de encajes, no le sabe bien tener por vecino a un obrero sudoroso y polvoriento, en cambio aquel trabajador se encuentra muy a gusto descansando de sus faenas en cómoda silla reclinatoria de mullido terciopelo. (82-83)

Sin embargo, la existencia de la discriminación racial en los Estados Unidos es algo que no puede ver, ni siquiera cuando se le coloca frente a los ojos. Como quien sabe de qué se trata, pero conoce que “de eso no se habla”, dice a continuación: “En algunos Estados se recomienda a las empresas bajo pena de multa, que tengan siempre carros para la gente de color, pero que sean iguales en todo a los otros. En Chicago y San Luis he visto que no se hace esta separación” (83).

Ese el “punto ciego” que comparte con yo diría que todos los viajeros cubanos, muy dispuestos a censurar –antes, durante y después– la trata y la esclavitud, sobre todo por las implicaciones demográficas y a la postre sociales y políticas que tendrían en la Isla, y a celebrar a quienes las fustigaran –como lo hiciera ella misma al elogiar a Harriet Beecher-Stowe–, pero marcados por un racismo construido por cuatro siglos de servidumbre africana. En sentido general, su valoración de los Estados Unidos, siempre condicionada por el contraste con el triste destino de Cuba bajo el gobierno español, es muy positiva. Y esto, sin dudas, no deja de preocuparla:

Se me preguntará si no encuentro nada censurable en esta ciudad o si es que soy tan apasionada por la raza angloamericana, que no veo sus faltas y procuro disimularlas; y contesto: Sé que tiene defectos; pero juzgo que pesan muy poco puestos en balanza con sus grandes cualidades. Yo tengo ya noticias de que en esta ciudad en que me encuentro –lo mismo que en Nueva York– no falta corrupción en las relaciones del hombre y la mujer; pero no me azota el rostro al transitar por ningún sitio, ni aun por los más suburbanos: prueba de que se la tiene a raya. Yo sé que hay aquí ambición desmedida; pero el comerciante no me engaña ni en el precio, que para todos es igual, ni en el género que me da. Sé que esta raza tiene desarrollado el espíritu de absorción en grado superlativo y



que no le vendría mal anexarse la América entera; pero tampoco ignoro que gobiernan y administran bien [...] (83-84)

Y como para compensar tanta alabanza del Norte y no dejar dudas acerca de su sentido de pertenencia a la América Hispana, a esta realidad supranacional tan puesta de relieve en su viaje a México, concluye su carta sobre Chicago con toda una profesión de fe latinoamericana:

Escribí yo desde París, cuando hablé de nuestra ascensión a la Torre Eiffel, que a proporción que subíamos iban perdiendo movimiento a nuestra vista las personas que se agitaban en la Exposición, y era un efecto singular el que hacía contemplarlas paralizadas cuando en la Torre era tanto el ruido y tanto el moverse. Pues desde que estoy aquí me acude mucho el recuerdo de aquel entorpecimiento, de aquel pesado andar. Figúrome que Chicago es una torre Eiffel y que todas nuestras ciudades latinoamericanas se arrastran penosamente allá abajo. Mi sitio no es este de arriba, sino aquél, y con angustias de pesadilla, quisiera yo [...] que todo este hermoso continente se volviese torres de Eiffel, sin vistas a gentes desdichadas. (86-87)

María Luisa Dolz (1854-1928), la más famosa educadora habanera, también se ocupó de los logros alcanzados por la mujer en Norteamérica. Pero lo hizo a partir de su propia experiencia personal –como primera cubana doctorada en Ciencias Naturales–, de su dominio teórico de la pedagogía más actual y de su práctica docente, puestos a prueba durante más de dos décadas en su colegio de élite y que la llevaron a distintos congresos y ciudades europeas y estadounidenses en busca de los métodos y las técnicas más modernos, con el fin de promover el avance de la mujer a través de la educación.

Escrito como discurso de fin de año para ser leído ante las alumnas, familiares y profesores de su colegio, “Visita a la Exposición de Chicago” (en *La liberación de la mujer cubana por la educación*. La Habana: Oficina del Historiador de la Ciudad, 1955. 35-47), como su título lo indica, da cuenta en sus primeras secciones de los adelantos alcanzados por las mujeres norteamericanas que ha podido conocer en su viaje, para de inmediato comentar cómo lo han logrado gracias a la educación:

[...] esta nueva condición de la mujer, esta, al parecer, súbita transportación a un mundo nuevo para ella no se ha operado sin previa preparación [...] A la gran república de Washington estaba reservado ofrecer al mundo esa revelación del poder femenino, a esa nación que ha marchado siempre a la cabeza de la educación, ese gran factor de todas las evoluciones realizables. (38)



Por eso se ocupa principalmente de reseñar los avances de la pedagogía vistos en Chicago –cuarta sección– y otras ciudades norteamericanas en las que visita desde universidades hasta escuelas elementales de Nueva York, Washington y Filadelfia:

Basta [...] una visita a sus instituciones docentes, para convencerse de su eficacia y sentir profunda admiración hacia ellas. Levántanse soberbios los edificios [...], contruidos *ad hoc*, la sola distribución de sus departamentos es un auxiliar poderoso de la más severa disciplina, su lujoso y completo menaje, sus espléndidos laboratorios, sus numerosas aulas, departamentos de música, [...] gimnasios, bibliotecas, etc., disponen a su favor al visitante, que después corrobora la opinión ventajosa que formara, estudiando sus métodos, conociendo sus estadísticas y valorando el resultado prodigioso de sus enseñanzas, traducido en esa general educación del pueblo [...] (38)

La conclusión se impone y, al mismo tiempo de constituirse en una osada y bien argumentada denuncia del deplorable estado de la enseñanza pública en la Isla, revela con toda claridad cuál es la intención de estos viajeros cubanos de los 90 al escribir sobre lo visto en los Estados Unidos y contrastarlo con la situación cubana, y también qué temen que pueda suceder, qué imaginan que se está preparando:

Y si después [...] dirigimos la vista a nuestras escuelas populares: ¡Qué contraste tan desconsolador ofrecen! [...] La protesta brota irresistible. Verdad es que lo conocíamos antes; pero ahora que hemos visto con nuestros propios ojos [...] las ventajas que nos llevan pueblos tan nuevos como nosotros, nos resignamos menos con nuestras deficiencias [...]; mejor dicho, nunca nos hemos resignado, nos rebelamos más. (43-44) [...] Cuando contemplábamos aquellos adelantos de los colegios americanos, recordábamos, no sin profundo dolor en el alma, porque no somos indiferentes a los destinos de nuestra patria, las humildes casitas que ocupan nuestras escuelas públicas, su mezquino menaje, lanzado a veces a la calle por el propietario de la finca, y no por apasionamiento por pueblos extraños, antes al contrario, por el interés que para nosotros encierra esta cuestión en nuestro país natal, lamentamos doblemente nuestro paupérrimo estado y vociferamos las ventajas que nos llevan, para ver si conseguimos mover a los verdaderos amantes del perfeccionamiento, y se opera una reforma radical en ese importante ramo, clave de la prosperidad de las naciones, verdadera fragua donde se forjan el bienestar y el progreso.

Llevemos las [...] luces de la enseñanza a todo el pueblo [...], y concedoras de sus deberes y en posesión de sus derechos, las masas populares no concebirán utopías y quimeras que hundiéndolas en la desesperación y el precipicio hacen balancear al mismo tiempo las bases de la sociedad, aterrándonos a todos con amenazantes perspectivas. (45)



Este texto, publicado como folleto bajo el título de “La mujer en la vida contemporánea y su educación en los Estados Unidos”, suscitó muchos comentarios de la prensa y de las personalidades a las cuales su autora lo enviara, entre quienes se destacan Aurelia Castillo de González, que lo analiza con gran entusiasmo y se solidariza con sus ideas, y Enrique José Varona, que publica un artículo en el que saluda la llegada a Cuba del movimiento feminista y la formulación de algunas de sus doctrinas en estas páginas de María Luisa Dolz.

Breve final

En la larga historia de coincidencias y disonancias, de encuentros y desencuentros, de atracción y rechazo entre Cuba y los Estados Unidos con que se han construido las identidades respectivas y los estereotipos con los que nos hemos pensado mutuamente, ocupan un lugar muy importante los primeros textos de las viajeras de ambos lados del estrecho de la Florida. Rescatarlos del olvido y traerlos a nuestro tiempo puede ser una no desdeñable contribución a conocernos y entendernos mejor.